

LATINIDAD Y MULTICULTURALIDAD

*Silvio Mignano
Embajador de Italia en Bolivia*

Les ruego el permiso, esta noche, para contarles unas fábulas, pero estoy seguro que ustedes saben que a partir de Esopo las fábulas -dado que pertenecen a la gran literatura universal- nos permiten penetrar la profundidad de la historia y de los eventos humanos.

El gran historiador latino Tito Livio narra en su monumental Historia de Roma el mito del rapto de las Sabinas. Roma acababa de ser fundada y Rómulo era su primer rey. Según la tradición, se trataba de una ciudad, o de una comunidad, íntegramente masculina, conformada por guerreros-pastores que habían dedicado todos sus esfuerzos a la constitución del nuevo núcleo civil y que se encontraban, terminada la primera fase bélica, con la necesidad de construir estructuras familiares. Con este propósito, enviaron embajadores a otras comunidades cercanas llevando dones y pidiendo como esposas a sus muchachas. Aparentemente el pueblo de los Sabinos, más antiguo y entonces más poderoso que el neonato romano, rechazó la propuesta, pero sí aceptó participar en una fiesta, junto con otros pueblos latinos, como los Ceninienses, los Crustumino, los Antemnatos. Durante la fiesta, los romanos raptaron a las jóvenes sabinas.

Magna pars forte in quem quaeque inciderat raptae: quasdam forma excellentes, primoribus patrum destinatas, ex plebe homines quibus datum negotium erat domos deferebant. Unam longe ante alias specie ac pulchritudine insignem a globo Thalassi cuiusdam raptam ferunt multisque sciscitantibus cuinam eam ferrent, identidem ne quis violaret Thalassio ferri clamitatum; inde nuptialem hanc vocem factam.

Muchas caían en manos del primero con el cual se topaban: las que resaltaban por su belleza, destinadas a los senadores más insignes, eran arrastradas a sus casas por los plebeyos, a los que había sido encargada la tarea. Cuentan que una de ellas, mucho más bonita que las demás, fue raptada por el grupo de un tal Talasius, y, como muchos buscaban saber a quién la estaban llevando, la gente gritaba muchas veces que la llevaban a Talasius, para que nadie pensase ponerle las manos encima. De ese episodio derivó nuestro grito nupcial.

Se trata aparentemente de un gesto brutal, violento, odioso, que además viola la ley sagrada de la hospitalidad, una de las más importantes y respetadas en la cultura latina prerromana y desde luego en la propia cultura romana. Hay que agregar que Roma acababa de nacer, como hemos dicho, y era teóricamente más débil respecto a ciudades afirmadas, y un insulto como el que padecieron los Sabinos podía llevar a la destrucción de la nueva comunidad. Nunca hubiéramos tenido la gran Roma imperial, la cultura latina y las neolatinas, incluso las latinoamericanas.

Pero no fue así, porque en la narración de Tito Livio las mujeres sabinas se encariñaron con sus raptadores, reconocieron sus necesidades y la torpeza de los Sabinos en no aceptar la inicial oferta pacífica de los nuevos vecinos. Así que les rogaron a sus padres no mover

guerra contra Roma y en cambio sellar un pacto de paz, que luego llevó a la fusión entre Romanos y Sabinos y a agrandar la naciente potencia capitalina.

Como siempre, detrás del fascinante cuento de Tito Livio, que todos los amantes de la literatura latina conocen, hay una realidad histórica y un componente ritual. Así, el rapto de las Sabinas y el conflicto entre Romanos y Sabinos esconde un rito de mutuo reconocimiento, o sea de encuentro.

¿Acaso esta historia, en parte mito, no les recuerda aquella lucha violenta entre dos comunidades masculinas, para conquistar las mujeres y la tierra, a su vez altamente femenina? ¿Algo aparentemente lejano, sin el menor contacto con la antigua cultura romana, algo que pertenece a otro mundo, es decir, a un nuevo mundo?

¿Acaso se trata del Tinku?

Como sabemos, el Tinku es un enfrentamiento de carácter ritual, originario de los Laimes y Jucumanis, que se realiza en el Norte de Potosí. El significado de la palabra es justamente "encuentro" (del lema quechua *tinkuy*, encontrarse). En los últimos años el Tinku se ha convertido en danza folklórica y se ha alejado del significado originario, algo que no es necesariamente negativo y que ha ocurrido y ocurre en todas las culturas. En este encuentro ritual, que se realiza anualmente a partir del 3 de mayo, día de la Cruz, se efectúan peleas entre los varones de las comunidades de abajo y de arriba, Alasaya y Majasaya. Generalmente las peleas deben ser uno contra uno, pero muchas veces se verifican también luchas de grupos.

Menciono esos dos mitos porque es fascinante descubrir, e importante comprender, la existencia de núcleos comunes en culturas tan distantes en el tiempo como en el espacio. En mi intervención el año pasado quise subrayar la naturaleza profundamente mestiza de la cultura latina y aún más de la neolatina: que nacen impuras, conformadas por una multiplicidad de aportes prerromanos – simbólicamente representados por la palabra *satura*, inicialmente una sopa de vegetales, cereales y hortalizas diferentes, que cuando se juntan dan el verdadero sabor mixto, mestizo, a la comida, y luego trasladada al ámbito literario para indicar una representación teatral, la hodierna sátira – y sucesivamente integradas por otras contribuciones posteriores, muchas veces originadas por invasiones y conflictos.

El sentido más profundo del mestizaje, de la evolución de la cultura latina, como de cualquier otra, que se convierte continuamente en algo diferente de sí, es que en el fondo, por suerte, somos todos iguales, pese a las enormes diferencias, todos pertenecientes a la única raza humana, y entonces llevamos dentro de nosotros instintos, urgencias, aspiraciones, dramas, conflictos, necesidades comunes, que a veces generan formas rituales -religiosas, civiles, literarias, lingüísticas- asombrosamente parecidas.

Y es por ello que cuando una parte de nuestra cultura – de la latina – llega al continente americano y origina la cultura latinoamericana, con todas las variantes en las cuales se declina, encuentra mitos y ritos preexistentes que por supuesto son mayormente lejanos y diferentes, pero que siempre al final hablan al corazón del ser humano, nacen de exigencias y responden a necesidades comunes.

Es allí, en ese núcleo común, que radica la esencia del dialogo que ya existe entre nuestras culturas y que aún más debemos contribuir en profundizar y ampliar.

Según cuenta unas de las leyendas vinculadas con el tinku, el combatiente que ha sido vencido debe derramar su sangre con abundancia como un sacrificio u ofrenda, para fertilizar a la madre tierra, es decir a la Pachamama, para que no falte la cosecha a las comunidades.

Bueno, pero ¿qué ocurrió en Roma, pocos años antes del rapto de las Sabinas? Cuenta Tito Livio en el Libro I de su Historia de Roma que para dirimir el diferendo sobre el derecho de ser rey de Roma entre dos gemelos, Rómulo y Remo, se procedió a través de los auspicios sagrados. Rómulo eligió la colina del Palatino y Remo la del Aventino. Seis buitres volaron sobre ese último, y la gente de Remo lo aclamó rey, pero en ese momento doce buitres sobrevolaron el Palatino y los fieles a Rómulo proclamaron a este último como rey. Nació una pugna y Remo cayó muerto. Según otra versión de la leyenda, agrega Tito Livio, Remo se burló de Rómulo y sobrepasó el surco del arado del hermano, y entonces Rómulo lo mató. Urvus era el nombre latino arcaico del surco, y de allí nació la palabra latina Urbs, ciudad, que sigue en todos los idiomas neolatinos, por ejemplo en los lemas castellanos urbe, urbanización, urbano. La sangre de Remo, entonces, mojó la tierra de la naciente Roma, justo a lado de un arado, y es evidente el origen campesino y el significado agrario del mito y del siguiente rito: los romanos se radican en el territorio, se convierten de cazadores y pastores en agricultores, y la sangre humana del derrotado fertiliza la tierra, Ceres, diosa de la tierra, o sea la Pachamama. Exactamente como en el tinku.

También se podría hablar de la diablada de Oruro, que por supuesto nace de la colonización y se transforma en baile-rito para pedirle ayuda a la Virgen del Socavón, pero que remonta a tradiciones precolombinas, donde el dios Wari, vinculado con la cultura agrícola y con la fertilidad, se sincretiza luego con el diablo de la tradición católica: el tío. Víctor Montoya, reconocido escritor boliviano, menciona en un entrevista al poeta Javier Claude Covarrubias la simbiosis entre Wari y el Satanás del mundo bíblico. «Wari quiso castigar al pueblo de los Urus con las cuatro plagas, porque le dieron las espaldas y empezaron a adorar a otros dioses, se enfrentó en una batalla campal con la ñusta Anti-Wara, que de acuerdo a la imaginación popular es la actual Virgen de la Candelaria, y al ser vencido y a modo de salvar su vida, se escondió herido en el vientre de la montaña, donde los mineros lo reconstruyen mucho tiempo después dándole atributos de diablo», en un sincretismo entre creencias cristianas y precolombinas. Entonces una de las lecturas de la diablada es de rito para la fertilidad de la tierra de arriba, dirigiéndose a las potencias subterráneas del mundo diabólico de abajo.

Esta vez es a nosotros latinos o romanos que algo suena como una memoria adormilada: el rapto de Proserpina por Plutón, dios del Infierno, oscura potencia del mundo subterráneo. Venus, para permitirle tener amores, envió su hijo Cupido y le ayudó a secuestrar a la bella Proserpina, hija de Júpiter y de Ceres, la diosa de la tierra y de la agricultura -una vez más, la Pachamama griego-romana. El hecho ocurrió en Sicilia, y la pobre chica fue detenida bajo el volcán Etna, que justamente era demora del hijo de Plutón, Volcán, entre otras cosas dios de la minería. Ceres lloró y se desesperó, y la tierra cesó de dar frutos. Entonces Mercurio, por orden de Júpiter, obligó a Plutón a liberar Proserpina, pero en cambio ella se comprometió a bajar cada año durante cuatro meses a ver a su esposo. Es así que se

originaron las estaciones y entre ellas el invierno, durante el cual la tierra suspende su fertilidad.

Como se ve, se trata otra vez de un mito relacionado con la cultura agrícola y con la fertilidad de la tierra, no muy diferente al origen precolombino y precristiano del mito de Wari. Como siempre ocurre, además, del mito se pasa al rito: ya Diodoro Sículo en el Libro V de su *Biblioteca* narra los antiguos ritos de Demetra/Ceres y de Perséfontes/Proserpina en la región de Enna, en Sicilia, reservados a pocos iniciados, llamados *mystai*, y que incluían la bajada a un antro oscuro -el socavón- y la purificación a través del agua y el desvelamiento de la espiga de trigo: y Wari, volviendo a los Andes, también era dios del agua. Y más: también en Italia se realizó un fuerte sincretismo entre mitología pagana y religión cristiana, y en nuestras regiones meridionales Ceres, que vence a Plutón, se convierte justamente en la Virgen de la Candelaria.

Como ya observé el año pasado, podemos interrogarnos acerca de las razones del extraordinario éxito de la cultura latina en la historia. No cabe duda que la violencia, las guerras y el poder político jugaron un papel imprescindible, y tampoco podemos ignorar el aspecto religioso, siendo el latín idioma fundamental de la Iglesia Católica, e idioma único de su liturgia, hasta el Concilio Vaticano Segundo. Pero no son argumentos suficientes, porque otros imperios se han sucedido a lo largo de los siglos sin que su cultura y su familia de idiomas penetrasen tan profundamente en cada rincón de otras culturas y otros idiomas. Por lo tanto, vuelvo a mi tesis del año pasado: la elasticidad de la cultura latina, su feliz pecado original representado por ese plato pobre de la gastronomía etrusca y romana, de mi tierra, la satura: la capacidad, en síntesis, de presentarse como idioma, cultura, sociedad impura, presta a mancharse, a ensuciarse. La latinidad nunca se encerró en sí misma, acogió elementos de todas partes al mismo tiempo que entregaba partículas de sí misma, originando modelos nuevos, pero al final reconociendo la igualdad de todos los seres humanos.

Por ello el humanismo, que nació en el Cuatrocientos en mi país y que puso los fundamentos de la breve, irreplicable y milagrosa temporada del Renacimiento, es el ejemplo más alto del éxito de la latinidad en Europa: humanismo, porque el hombre, el ser humano, es el centro del universo, con todas las declinaciones que la humanidad puede tener, infinitas como las combinaciones de los colores cuando se mezclan.

Luigi Pirandello, el mayor dramaturgo italiano y uno de los más grandes europeos en el siglo Veinte, Premio Nobel de Literatura, expresó magníficamente en sus piezas teatrales el tema de la pluralidad de identidades y de la imposibilidad de una *reductio ad unum*. Por ejemplo, en *Sei personaggi in cerca d'autore*, Seis personajes en busca de un autor:

«Ciascuno di noi – veda – si crede “uno” ma non è vero: è “tanti”, signore, “tanti”, secondo tutte le possibilità d’essere che sono in noi: “uno” con questo, “uno” con quello - diversissimi! E con l’illusione, intanto, d’esser sempre “uno per tutti”, e sempre “quest’uno” che ci crediamo, in ogni nostro atto. Non è vero! non è vero!».

«Cada uno de nosotros – mire usted – se cree “uno”, pero no es cierto: es “muchos”, señor, “muchos”, según todas las posibilidades que hay dentro de nosotros: “uno” para éste, “uno” para aquel - ¡diferentísimos! Y con la ilusión, entretanto, de ser siempre “uno para todos”, y

siempre “ese uno” que nos creemos ser, en cada uno de nuestros actos. ¡No es cierto! ¡No es cierto!».

Sí es cierto que la síntesis entre la unidad del ser humano y la multiplicidad de las culturas es sumamente difícil, pero es allí que reside la única posibilidad de dominar los desafíos contemporáneos. Ya lo señalé el año pasado: a mí un futuro en el que nazcan nuevas culturas, nuevas identidades no me asusta; sé que es inevitable y que tarde o temprano las culturas hodiernas, tales como las conocemos desaparecerán: nadie hoy piensa realmente ser representante de la pureza etrusca o sabina.

En la extraordinaria escultura de Gian Lorenzo Bernini *El rapto de Proserpina*, la mano del dios agarra las carnes de la bella hija de Ceres plasmando el mármol como si fuese materia suave, como ya supo hacer Miguel Ángel con el abrazo dramático entre la Virgen y el Hijo muerto en la Piedad: la piedra lisa y dura casi se abre al tacto de las yemas y el gesto de violencia se transforma quizá involuntariamente en sensualidad: esa sensualidad que es connotación ineludible del carácter latino y que también quiere decir apertura, abrazo, intercambio, diálogo, contaminación, bendita, fecunda contaminación.